

Se nos reprocha á los cristianos haber exagerado el pecado y hablar de él como del mayor crimen; pero si hubiéramos hecho que hablase aquí uno de nuestros predicadores, exhortando á la penitencia, no creemos que hubiera dicho tan crudamente lo que hemos aprendido de lo más escogido entre nuestros sabios. El pecado es desobediencia, rebelión, crimen de lesa majestad contra Dios. El pecado es lo más horrible, lo más monstruoso que haya; el pecado hace en el hombre tales estragos, que ninguna palabra humana serviría para expresarlos.

Y bien, pecadores todos lo somos, y todos compareceremos ante el tribunal de Dios; cómo allí serán apreciados nuestros actos, queda á elección de cada uno de nosotros. Si alguien se aparta de Dios negando su ley, puede hacerlo, y el juez le juzgará por sus propias palabras. <sup>(1)</sup> Pero desgraciado del hombre si es juzgado según todo el rigor de sus principios, si le es imputado el mal como el mundo lo concibe y lo practica, es decir, como una ocasión bien acogida para mostrar hasta donde puede llegar la arrogancia humana contra Dios.

En ese caso, preferimos vivir conforme á la suave ley de Dios, hacer juzgar nuestros extravíos según la sabiduría de su ley, hacernos juzgar un día según su ley más humana. Á juicio de la ley divina, el pecado es ciertamente un gran crimen y el más grave de los males; sin embargo, las consideraciones debidas á la debilidad del hombre y á la facilidad de caer en el error, disminuyen su gravedad á los ojos de Dios. Si el hombre confiesa que el pecado es una debilidad humana y un extravío, su juicio será mucho menos severo, y la falta le será fácilmente perdonada. Más vale caer en manos de Dios que en las del hombre. <sup>(2)</sup>

(1) Luc., XIX, 22.

(2) II Reg., XXIV, 14.

## CONFERENCIA XI

### EL PECADO COMO GENIALIDAD

1. **El culto del genio. Sus bases morales.**—Hay en la mitad última del siglo XIX dos cosas que llamarán de un modo muy especial la atención del futuro historiador de la civilización; serán los numerosos centenarios que se celebraron, como si tan sólo se hubiera vivido en el pasado, y no se tuviera esperanza en el porvenir, y el prodigioso número de hombres ilustres ó de genios á quienes se glorificó, y de los cuales hará mucho tiempo entonces que no hablará nadie ya.

La historia no los considerará como honra de nuestra época; al contrario. Lo mismo que hoy, con espíritu imparcial respecto á los siglos pasados, encontramos comprensible que Alcibiades, Nerón, Voltaire, Rousseau, Mirabeau, hayan podido ser tan populares en Atenas, en Roma, en la Francia revolucionaria; así el porvenir juzgará la popularidad de Garibaldi, de Mazzini, de Kossuth, y la admiración que se ha tenido por Goethe y tantas otras celebridades. Eran, se dirá, hombres en quienes una generación decadente hallaba encarnadas sus más asombrosas cualidades. Se dará la razón á Nordau, y se juzgará, ó mejor, se condenará el ciego culto del genio como signo de degeneración moral.

Y tanto más sucederá así, cuanto que nosotros dejamos á esos genios cometer violaciones de toda especie contra la moral privada y el derecho público, los admiramos en silencio cuando audazmente atropellan la disciplina y el pudor, decimos en alta voz que es necesario distinguir



una moral para los pequeños, otra para los hombres extraordinarios; y que la mejor prueba de su grandeza es haberse elevado con tal virtualidad por encima de la vulgar moral cotidiana.

Pero también se explotará, y con razón, esa conducta como una prueba de disminución de la fuerza intelectual en nuestra época.

La gloria de hombre de genio se adquiere barata; el nombre de grande es muy fácil de obtener donde en todas partes reina sin disputa lo pequeño y lo mezquino. Cuanto más pequeño es un pueblo, cuanto más de ayer es su historia, tanto más siente la necesidad de procurarse celebridades; no es, por lo tanto, una gloria para nuestro tiempo el que tengamos tantos hombres célebres, tantos genios. No sin motivo un poeta, á quien nadie negará perspicacia, se burla de esa abundancia excesiva de nombres ilustres: «Hoy no nos paramos en méritos; ¡es tan barato un metro de Panteón!»<sup>(1)</sup>

**2. Sus bases dogmáticas.**—Sin duda, nuestro siglo puede hasta cierto punto apelar de ese fallo, y declarar que, obrando como lo hace, la causa última de la adoración del genio no se encontró todavía, y que todavía no se penetró á fondo el espíritu de la época.

Aun siendo verdaderas las razones citadas, no bastan, sin embargo, para explicar el culto idolátrico tan chocante, de que nuestra época se hace culpable; la verdadera causa es mucho más profunda. Los llamados genios son, como se ha indicado ya, la verdadera flor y el límite extremo del espíritu moderno; ellos son los que mejor concibieron sus principios, y los han cultivado más por completo, y con mayor fidelidad; de ahí procede por una parte la veneración que se les tributa como jefes de la civilización moderna, y por otra los extremos de júbilo con que se les saluda donde quiera que se presentan; pues precisamente porque su vida rompe de tan asombrosa manera con todo aquello á que los hombres se creen obligados en concien-

(1) Giusti, *Gedichte*, (P. Heyse, 87).

cia, encuentran ellos justificado su propósito de separarse de la ley como de la moral, y un estímulo para perseverar en esa conducta.

Tales son las más profundas razones del culto que se tributa á los genios, en que el mundo celebra el triunfo del Humanismo, y cree haber encontrado un escudo para proteger su conciencia contra la ley de Dios.

**3. César, el mayor genio de la antigüedad. Sus buenas y sus malas cualidades.**—Los genios son admirablemente aptos para eso; nos bastará examinar su vida para convencernos.

El más ilustre genio de los tiempos anteriores á Jesucristo, la piedra que señala el límite de la historia antigua para empezar la moderna, fué Julio César; parecería como si el Señor de los tiempos hubiese querido reunir en una sola criatura toda la elevación posible del genio, antes que apareciese el nuevo astro. El nacimiento de éste debía dar al mundo la medida para convencerse de cómo el más pequeño en el reino de Dios vale más que el más ilustre en el reino de la naturaleza.<sup>(1)</sup>

Al llamar á César el mayor genio de la antigüedad, no negamos que algunos le hayan aventajado en muchas de las cosas en que brilla, si se las considera aisladamente. Si la cuestión se plantea desde el punto de vista de la extensión, la perspicacia y la profundidad de la ciencia, todos designarán á Aristóteles como sin igual entre los antiguos; en gloria militar, fué el general romano vencido por Alejandro, el más insigne discípulo de Aristóteles,<sup>(2)</sup> si bien no le aventajó en moderación y en dominio de sí mismo; la elevación de sus pensamientos y las muchas empresas que acometió, impidieron á César igualar á Cicerón y á Demóstenes, y alcanzar como orador esa perfección que podría esperarse de su extraordinario espíritu.<sup>(3)</sup>

En general, tal vez no hay más que un solo hombre que

(1) Cf. Matth., XI.

(2) Vellejo Paterc., 41. Cf. Appian., *Bell. civ.*, 2, 149-151.

(3) Tácito, *Dialogus de orator.*, 21.



se le pueda comparar dignamente en la historia moderna, Inocencio III; pero no hay ninguno en la antigüedad. <sup>(1)</sup> El más bello de los romanos, <sup>(2)</sup> no fué igualado por nadie en vigor intelectual, en proyectos sublimes, en pensamientos profundos, en actividad para el trabajo, en presteza para la ejecución, en firmeza de ánimo ante las adversidades, en tenacidad hasta el fin. <sup>(3)</sup> Nadie como él pudo abarcar cuanto bajo el cielo existe; leía y escribía á la vez; al mismo tiempo escuchaba los informes relativos al Estado, y simultaneamente con todas estas ocupaciones, dictaba á cuatro y aun á siete secretarios cuando no hacía otra cosa cualquiera. Y de aquellos escritos dependía la suerte de millones de hombres. <sup>(4)</sup> Le era imposible olvidar lo que una vez hubiese oído, excepto la injuria. <sup>(5)</sup> Según testimonio de su más peligroso rival, su talento oratorio, el brillo, la elegancia y la dignidad de su palabra le hacían superior á todos en la tribuna de las arengas. <sup>(6)</sup> Por las cualidades de su naturaleza, tenía todas las aptitudes, y era capaz de rivalizar en todo con los primeros, y eso como jugando. Pero en lo que á todos aventajaba era en que jamás acometía empresas, que creyese fuera de su alcance, y que no tenía una confianza excesiva en sí mismo. Estaba á la altura de todo; como orador, como escritor, como gramático, como sabio, como hombre de Estado, como legislador, como general, como astrónomo, como compañero jovial, como ingenioso, como poeta cuando hacía falta, en su majestad, en el aura popular; en todo figuraba siempre en primera línea. Las célebres palabras con que dió cuenta de su campaña en el Ponto: *vine, ví, vencí*, <sup>(7)</sup> pueden servir de divisa á su vida y á cada una de sus acciones.

(1) Cf. Juan Saresber., *Polycrat.*, 8, 19.

(2) Vellejo Paterc., 41.

(3) Cicerón, *Philipp.*, 2, 45, 116.

(4) Plinio, *Hist. nat.*, 7, 25.

(5) Cicerón, *Pro Ligario*, 12, 35. Agustín, *Ep.*, 138, 2, 9.

(6) Cicerón, *Brutus*, 75.

(7) Sueton., *Cæsar*, 37. Plutarco, *Cæsar*, 50.

Y ese genio colosal era, sin embargo, tan vulgar, y de tal manera carecía de conciencia cuando se trataba de agenciar dinero ó de contraer deudas, que no desdeñaba para ello la más baja corrupción y los medios de adquirir más vergonzosos. Su avaricia igualaba á su extraordinaria prodigalidad; pero á todo excedía su ambición. Sólo pensaba en la guerra, porque, á sus ojos, jugar con la sangre humana era la mejor ocasión de conquistarse nueva gloria. <sup>(1)</sup> Se complacía como un esclavo en las más bajas intemperancias, hasta el punto de ser para sus contemporáneos objeto de risa y de desprecio; por lo cual sus mismos soldados, tan entusiastas de él, no podían dejar de burlarse en sus triunfos con satíricos versos. <sup>(2)</sup> Con todo eso, aquel hombre que fué el más hermoso de su tiempo, que conocía su grandeza y superioridad, que podía hacer sentir á todos su poder; aquel hombre, á quien ya en vida se dió la denominación de Dios invencible, á quien se consagraron altares, estatuas de marfil y sacerdotes; este hombre fué, para decirlo sin rodeos, un pobre fátuo y un vanidoso.

Como una cabeza hueca, sin más objetivo que llamar la atención hacia sí, se ingeniaba en todas las pequeñeces del arte de peinarse, de afeitarse, de adornarse para dar á su persona el mayor atractivo posible. <sup>(3)</sup>

**4. Las debilidades de los genios.**—Así los grandes hombres, lo son casi siempre en las grandes empresas; pequeños, y á menudo increíblemente pequeños, en las cosas pequeñas. Ninguno hay que no tenga su gusano roedor.

Según frase del Dante, el valeroso Aquiles estuvo, como el más débil de los cobardes, en constante querrela con el amor. <sup>(4)</sup> Fué tormento de Napoleón la gloria de Geoffroy como crítico; el pequeño Hooke turbaba el reposo de Newton. No solo el pobre Wieland, que apenas era un

(1) Salust., *Catilina*, 54.

(2) Sueton., *Cæsar*, 49-52.

(3) Sueton., *loc. cit.*, 44.

(4) Dante, *Inferno*, 5, 66.



cuarto de hombre, cifraba su presunción en su talle esbelto y en sus manos pequeñas y delicadas, <sup>(1)</sup> no obstante sus señales de viruelas, sino que también Goethe, que sabía burlarse de sí mismo tan bien como de la coqueta señorita de Weimar, el gran Goethe procuraba siempre que quien le visitase le hallara en airoso situación, y á la luz que más pudiera favorecerle. ¡Cuántas mezquindades, dice el ilustre Federico Perthes, <sup>(2)</sup> usan esos Schiller y esos Goethes, que miran al género humano tan desdeñosamente, para merecer los favores de esos mismos á quienes desprecian! Pero si consideramos la página más oscura en la vida del viejo maestro, la pasión más baja que se recuerda cada año con un nuevo libro acerca de Goethe y las mujeres, no podemos menos de repetir lo que un poeta de la Edad Media dijo del placer sensual: «Cada uno sabe cuántos corazones, por su propia culpa, se convirtieron en niños». <sup>(3)</sup>

Cuando pensamos en esta debilidad, la más miserable de todas ¡qué compasión nos inspiran héroes como Ricardo Corazón de León, el mariscal de Sajonia, Nelson y tantos otros!

¡Qué esclavos del dinero fueron Vespasiano, Justiniano, Mazarino, Marlborough, y Voltaire! ¡Qué esclavo del vino fué Trajano! ¡Qué esclavo de la venganza Richelieu! ¡Qué esclavo de la superstición Augusto! ¡Qué esclavo de la manía de hacer el sabio fué Adriano! ¡Qué esclavo de la voluptuosidad, de la cólera, de la envidia, de la borrachera, Alejandro! Atila, el azote de Dios, tan orgulloso de que el mundo se prosternara temblando ante él, se consideraba feliz obteniendo del emperador romano, á quien llama su esclavo, un sonoro título con el correspondiente tratamiento. <sup>(4)</sup> ¡Quién hablará todavía de nuestros pequeños señores con su manía por los títulos y las condecoraciones?

(1) Biedermann, *Deutschland in XVIII Jahrhundert*, II, 2, 225. Diel, *Clemens Brentano*, I, 90 y sig.

(2) *Fr. Perthes Leben* (6 Aufl. 1872), III, 373.

(3) *Winsbekin*, 21, 5 y sig.; 23, 5 y sig.

(4) Wietersheim, *Geschichte der Völkerwanderung*, IV, 381.

¿Y Constantino? Le llamamos el grande, aunque empiezan á burlarse de ese dictado, y creemos saber por qué. Uniendo la política de Augusto al genio militar de César, un caballeresco amor al combate y un heroísmo sin igual á una terrible energía de voluntad, merece aquel nombre tanto como el que más. Terrible como Napoleón, podía todo lo que deseaba; pero fué más afortunado. Y no obstante eso, la menor bagatela bastaba para excitar su cólera como un poseído, y estaba dominado por la más diabólica de las pasiones, la sed de mando. Con la alabanza y la adulación, se obtenía de él cuanto se quería. <sup>(1)</sup>

**5. La doctrina de que genio y moralidad no concuerdan, y que el pecado es un acto de genio.**—¡He ahí á los que ordinariamente se denomina genios! Helos ahí grandes y mezquinos á la vez, sobrehumanos en la apariencia, pero demasiado humanos en la realidad.

Nada hay de asombroso en esa mezcla; más bien creemos que es una justa y elemente permisión de Dios el unir debilidades sorprendentes á las eminentes cualidades con que dotó á algunos para preservarlos de la arrogancia, é impedirles que se consideren como seres superiores á los hombres.

La pequeñez y la impotencia de la muchedumbre por un lado, y por otro el orgullo de esos espíritus privilegiados, no saben apreciar esto en su justo valor, y el remedio se convierte para todos en un veneno mortal. Tan pronto como alguien se eleva, por poco que sea, los pequeños creen que su claudicación y su perplejidad forman también parte de la superioridad de aquél, y que sus malos modales son más distinguidos que los buenos modales de los otros.

Pero cuando el grande hombre llega á conocer eso, cultiva de propósito esa debilidad natural, haciendo un defecto, de que tiene conciencia; y al obrar así, está ya en disposición de creer que tanto más aventajará al vulgo, cuantos más vicios adopte. Pronto advierte que gana en la estimación de ese mismo pueblo á medida que menosprecia el

(1) Wietersheim, *loc. cit.*, III, 244, 246.



modo ordinario de hablar, de obrar y de vivir. Finalmente, hace el mismo ensayo con los mandamientos de Dios y con su conciencia; y lleno de satisfacción, descubre que brilla como un ser sobrenatural desde que se atrevió á mostrar que un genio no tiene para qué hacer caso de Dios. Así se comprende cómo pudo nacer el principio de que no concuerdan el genio, la religión y la moral. Los genios, se dice, nunca son morales, y, lo que todavía es peor, procuran persuadirse de que no necesitan ligarse á las doctrinas estrechas de la moral ordinaria, capaces como son de formarse ellos mismos su religión y su moral.

Pero en cada pequeño hay un pequeño, ó tal vez un grande sólo en vanagloria; quien invente, pues, para los Liliputienses y los enanos, que desearían todos ser gigantes, un medio que les permita igualarse pronto á los grandes, puede contar con el agradecimiento de la muchedumbre.

Por eso el procedimiento más sencillo y más seguro de obtener la aprobación del mundo, es predicarle la doctrina de que únicamente los niños y los idiotas deben guardar los mandamientos de la ley de Dios; que los grandes espíritus están exentos, y que quien se atreva á saltar por encima de esas barreras embarazosas, prueba precisamente que hay en él caracteres de genio. De ese modo se halaga á los que, persuadidos de su fuerza, no gustan de que se les señale un límite, probándoles que no hacen más que ejercitar sus derechos cuando pisotean la moral; y aunque el pequeño no puede rivalizar en lo demás con el grande, se considera como un verdadero genio cuando está reñido con la moral, lo que, como es sabido, no resulta muy difícil.

#### 6. ¿De dónde proviene la fuerza de esta doctrina?

—Así se explica por qué esta enseñanza, tan chocante y perniciosa, de la llamada doble moral, ó moral del genio, pues son idénticas, encuentra tanta aprobación, y cómo pudo arraigar con tal tenacidad. Hay en el hombre, dice Juan Paul, un espíritu frío, audaz, que de todo se burla,

hasta de la virtud; <sup>(1)</sup> es el espíritu de glorificación personal, es el instinto de independencencia. Ese espíritu ha dominado al hombre en todos los tiempos; ya en los días de los profetas rompió todos los lazos diciendo: No serviré. <sup>(2)</sup> Hoy hasta se creó una filosofía, y enseña en nombre de la ciencia y de la libertad que quien observa la ley es un esclavo, un alma vulgar, y que el hombre libre, docto y distinguido, tiene él mismo su ley. <sup>(3)</sup>

Verdad es, dicen, que únicamente los grandes y los fuertes deben aprovechar esta enseñanza, que no se ha hecho para el vulgo; sólo tienen el privilegio de hacer pasar sus vicios como genialidad, y como prueba de una fuerza superior, las personas muy instruídas; los hombres vulgares deben naturalmente atenerse á las leyes tradicionales, por faltarles la instrucción que, en hombres distinguidos, sustituye á la religión y á los mandatos de Dios. Pero con esto á nadie se asusta; por el contrario, se favorece únicamente la difusión del desprecio á las leyes; pues ¿quién consiente en que se le considere como parte del vulgo? Y ¿quién es el que precisamente por esa razón no se hace más desvergonzado para rebasar los límites impuestos por los mandamientos y la tradición, á fin de probar que no pertenece á la gente ordinaria? Si el grande tiene el privilegio de no estar ligado por lazo alguno á la ley y á la religión; si más bien tiene el derecho de trazarse él mismo su ruta; en ese caso, el débil se sentirá como atraído ó provocado á hacer lo mismo, con la esperanza de encontrar una recompensa tan apetecida.

**7. Origen de la doctrina de las dos morales en la práctica.**—Por tres motivos tiene tanta fuerza ese repugnante error: halaga á todos, á los pequeños no menos que á los grandes; agrada más al orgullo del hombre que á su sensualidad y su tendencia á emanciparse de toda ley; por fin, es muy fácil de comprender, y, como lo prueba su

(1) Juan Paul, *Titan 3 Theil*, (Wishofer, V, 128).

(2) Jerem., II, 20. Job, XXI, 15.

(3) T. I, 3, 4.